

otro alimento y cualquiera otro brebaje material, mi carne y mi sangre son verdaderamente recibidas en el que come y bebe de ellas, y se transforma é identifica conmigo de manera que permanece en mí, y yo en él; porque, escuchad: el Padre viviente no me ha enviado sino porque yo viva en Él y por Él. Pues bien; el que me coma entrará conmigo en esa misma sociedad de relaciones íntimas de afecto mutuo en que yo estoy con mi Padre: vivirá en mí y por mí, y no seremos más que uno sobre la tierra, como yo soy uno con mi Padre en el cielo (1).»

En fin, nuestro Señor, resumiendo en pocas palabras esa importante instrucción, la terminó por donde la había comenzado, y dijo aún por quinta vez: «Ya conocéis, pues, cual es el pan vivo que ha descendido verdaderamente de los cielos, pan enteramente nuevo, pan más milagroso y divino que el maná con que vuestros padres se alimentaron en el desierto, y que no pudo asegurarles la inmortalidad del cuerpo; mientras que todos los que comen del pan que acabo de prometer, vivirán eternamente (2).»

De ese modo la eterna Sabiduría, el Verbo de Dios hecho hombre, reveló á los hombres la más extraordinaria de sus obras, la más tierna de las invenciones de su amor.

Aquí el Evangelio observa que el Hijo de Dios no pro-

dad para vos, señora, y para vuestros co-religionarios, la replicamos, que según San Mateo y San Juan, el Cristo haya dicho efectivamente todo eso y se haya expresado en esos términos... ¿Hay pues medio, según vos misma, de negar el dogma de la presencia real?...» Una sonrisa de satisfacción asomó á los labios de los circunstantes católicos. La señora se ruborizó, se tuvo compasión de ella, se cortó la conversación, y se habló de las noticias de Crimea.

(1) Caro enim mea verè et sanguis meus verè est potus. Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo. Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem, et qui manducat me, et ipse vivet propter me. (*San Juan*, vi, 56, 57, 58.)

(2) Hic est panis qui de cœlo descendit; non sicut manducaverunt patres vestri manna in deserto, et mortui sunt. Qui manducat hunc panem, vivet in æternum. (*Ibid.*, 59.)

nunció sus discursos en secreto, en lo interior de alguna casa, ni solamente en presencia de algunos de sus más fieles amigos, sino en público, en la ciudad de Cafarnaum, en cuya grande sinagoga acababa de ejecutar multitud de prodigios la tarde del sábado, en vísperas de la festividad de la Pascua, y á presencia de sus doce Apóstoles, de sus setenta y dos discípulos, de los escribas, de los fariseos, de los doctores de la ley y de un numeroso pueblo (1).

De ese modo, y con la mayor solemnidad, la eterna Sabiduría, el Verbo de Dios hecho hombre, debía revelar á los hombres la más maravillosa de las obras de su poder, la más tierna invención de su bondad.

Los discípulos habían sido del número de los que al principio habían creído que el Divino Maestro había hablado en un sentido parabólico y figurado. Más habiéndole oído repetir tantas veces lo mismo, y en términos tan positivos é insinuantes que era imposible dudar que había querido hablar de la manducación verdadera y real de su cuerpo, y no de una manducación metafórica, tomaron el partido de los judíos incrédulos, y uniéndose á ellos, en vez de creer con docilidad, comenzaron á raciocinar con orgullo, y se decían unos á otros: «¿Puede haber un modo más extraño y absurdo de hablar que el que acabamos de oír? ¿Querernos hacer creer que nos dará á comer su carne?... Semejantes paradojas son tan duras de oír como difíciles de comprender (2).» Aquellos desgraciados discípulos decían eso entre sí, ó de modo que no pudiese oírlos su Divino Maestro; pero el Dios que sondea los corazones, ¿tiene necesidad de oír las palabras para conocer los pensamientos? Leyendo, pues, en lo más recóndito de su espíritu que lo que más les repugnaba

(1) Hæc dixit in synagoga docens, in Capharnaum. (*San Juan*, vi, 60.)

(2) Multi ergo audientes discipuli ejus dixerunt: Durus est hic sermo; et quis potest eum audire? (*Ibid.*, 61.)

era la aparente imposibilidad para Jesucristo de multiplicar su cuerpo de manera que le diese á comer á todo el mundo, lejos de disimular esa dificultad, el Hijo de Dios aparentó confirmarla y procuró ponerla de relieve, porque saliendo, por decirlo así, al encuentro de aquel pensamiento: «Sé muy bien, les dijo, lo que os escandaliza y repugna más en mi discurso: no podéis persuadirnos de que permaneciendo todavía con vosotros, pueda daros á todos á comer mi carne. Pero todavía os podréis persuadir menos que al volver adonde yo estaba antes, y permaneciendo con mi cuerpo en el cielo, pueda dar á comer siempre ese mismo cuerpo á los hombres que viven en la tierra. Y, sin embargo, no dejaré de hacer lo uno y lo otro, porque el espíritu es el que vivifica: la carne por sí sola no sirve para nada. Las palabras que acabo de dirigiros son espíritu y vida (1).»

Este es quizá el pasaje más profundo y más oscuro de ese sublime y magnífico discurso. Así es que la grosería ó poco alcance del espíritu, y la sequedad de corazón de los herejes modernos, no ha dejado de abusar de él de la manera más escandalosa y absurda, dándole un sentido que no tiene, y que pone á la Sabiduría eterna en contradicción consigo misma, y la hace decir lo que ni ha dicho ni ha podido decir. Pero al mismo tiempo es el pasaje más importante y precioso de ese mismo discurso, pues encierra toda la teología del misterio que el Hijo de Dios revelaba entonces, indica su base, da su demostración, y allana todas las dificultades. Sólo que en él no hay filosofía humana, sino sabiduría y majestad de Dios. Procuremos, pues, comprenderle bien.

(1) *Sciens autem Jesus apud semetipsum quia murmurarent de hoc discipuli, dixit eis: Hoc vos scandalizat? Si ergo videritis Filium hominis ascendentem ubi erat prius? Spiritus est qui vivificat, caro non prodest quidquam. Verba quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt. (San Juan, vi, 62, 63, 64.)*

Lo que á los ojos de los discípulos parecía autorizar para decir que las palabras del Señor eran duras é imposibles de admitir (1), era que les había impuesto el precepto formal de comer su carne y beber su sangre, y que había hecho de aquella comida y bebida, según ellos repugnante y bárbara, una condición indispensable para adquirir la vida eterna. «¿Puede haber designio más bárbaro, decían, que el de querer introducir en el pueblo de Dios, que se abstiene de la sangre de los animales más puros, la comida de la carne humana propia de los animales feroces, la cena espantosa de Thyestes, á que los mismos gentiles tenían horror? Y, por otra parte, ¿qué relación puede haber entre la comida de la carne de un muerto y la vida eterna? ¿entre la manducación del cuerpo de un hombre y la posesión de Dios?»

Ese razonamiento, como se ve, tenía por base dos grandes errores: el primero, que Jesucristo no era más que un hombre, y que no tenía en su persona nada más que los otros hombres; el segundo, que no podía dar á comer su cuerpo sino haciéndole trozos. Pues bien; el Hijo de Dios quiso combatir esos errores, como le convenía hacerlo, con estas inefables sentencias: «El espíritu es el que vivifica; la carne no sirve de nada: las palabras que acabo de dirigiros son espíritu y vida.»

Lo cual era en efecto decirles: «Juzgáis lo que acabáis de oír con todas las prevenciones de la carne y de la sangre; pero el espíritu carnal, el espíritu carne, no es de ningún valor; *Caro non prodest quidquam*. No puede llegarse hasta la sublimidad de las verdades divinas que os anuncio. Al espíritu, elevándose sobre las concepciones groseras de la carne, toca penetrarlas y encontrar en ellas la luz y la vida: *Spiritus est qui vivificat* (2).»

(1) *Durus est hic sermo, et quis potest eum audire?*

(2) Eso es lo que también quiso decir San Pablo con estas palabras: «El hombre animal no concibe las cosas que son del Espíritu de Dios: no son

Colocándose siempre bajo el punto de vista de los sentidos y de la razón carnal, la herejía ha tomado ocasión de esas sublimes palabras del Salvador para afirmar que todo cuanto dijo en una circunstancia tan solemne, y en los términos más fuertes, tocante á la manducación de su cuerpo, debe entenderse en un sentido figurativo y puramente espiritual, en el sentido de una manducación metafórica, que se cumpliría con la fe: cuando es claro que por esas mismas palabras el Hijo de Dios no hizo más que confirmar la expresión de su pensamiento: que la manducación de su carne sería real. Pero la manera de comer esa carne debía ser inaccesible á los sentidos, y no podía ser percibida ni juzgada más que por el espíritu, bajo el punto de vista de la verdad, que vivifica la inteligencia (1).

Por esas palabras, según la interpretación común de los Padres y de los comentadores, y particularmente de San Cirilo, San Agustín y San Juan Crisóstomo, Jesucristo quiso decir, en segundo lugar, que la manducación en cuestión se verificaría realmente, no de una manera sensible y carnal, sino espiritual y sacramental, bajo la especie de pan. Lo cual debía dispensar al divino cuerpo el ser reducido á pedazos, quitar al banquete celestial toda apariencia de horror y de disgusto, y hacer de él para las almas piadosas y fieles el festín más delicioso y atractivo. Encerrada de ese modo en la especie de pan, su carne sería un verdadero alimento; y su san-

para él más que una locura, y eso es muy natural: no puede juzgarse de esas cosas sino espiritualmente, y si se las juzga carnalmente, no puede comprenderse nada de ellas.» «Animalis homo non percipit ea quæ sunt Spiritus Dei stultitia enim est illi, et non potest intelligere, quia spiritualiter examinatur. (I. Cor., II, 14.)» Esa es también la razón por qué la herejía no ha comprendido nada del dogma de la presencia real, y que en vez de aceptarle como un misterio divino, le ha rechazado como una locura del hombre.

(1) Caro non prodest quidquam: spiritus est qui vivificat. (San Juan, VI, 64.)

gre bajo la especie de vino, una verdadera bebida; y ese mismo pan, conteniendo á Jesucristo todo entero, sería, como lo había dicho tantas veces: «El verdadero pan vivo bajado del cielo, capaz de asegurar al hombre una resurrección gloriosa y la vida eterna.» Así, pues, ese grande misterio era *espíritu*, por la manera con que era preciso concebirle, y *vida*, por los efectos que debía producir. Esa es la interpretación más lógica, más sencilla, más natural y la más en armonía con toda la serie ó prosecución de estas hermosas palabras: «La revelación que acabo de haceros, es espíritu y vida (1).»

Se ve, pues, que por estas palabras: «la carne no sirve de nada,» *caro non prodest quidquam*, el Hijo de Dios quiso únicamente condenar el método de sus oyentes y de los que pudieran imitarlos; á saber, el juzgar las cosas divinas por las impresiones de la carne, es decir, por una razón como identificada con la carne. Luégo sostener, como lo hace la herejía, que esas palabras se refieren á la carne misma del Salvador, y que por ellas quiso excluir del misterio eucarístico la realidad de su propia carne, es una nueva blasfemia y un nuevo absurdo. Porque si esa carne divina no servía para nada, el Verbo, dice San Agustín, no se hubiera hecho carne, y jamás hubiera establecido la manducación de esa carne divina como condición indispensable de una vida inmortal. En la hipótesis de que el divino Salvador hubiese querido con esas palabras hacer alusión á su carne, el sentido ni es ni puede ser más que éste: «Mi carne no da la vida al mundo, en cuanto es una carne verdaderamente humana; porque como tal, no tendría más que cualquiera otra carne humana, virtud alguna sobrenatural; pero en cuanto es carne mía, es decir, una carne sustancialmente unida á la persona del Verbo, el espíritu por ex-

(1) Verba quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt. (San Juan, VI, 64.)

celencia, en esa calidad es también una carne vivificadora y divina, una carne capaz de dar al hombre que la come la vida eterna del alma y la inmortalidad del cuerpo. Por consiguiente, toda la doctrina que acabo de revelar no comprende nada que no sea Espíritu, Santidad, Verdad y Vida. El espíritu es el que vivifica; la carne no sirve de nada (1).»

En fin, por esas mismas palabras, tan profunda y tan evidentemente divinas, el Salvador quiso además insinuar otras verdades, como si hubiese dicho: «Mi cuerpo no se encontrará más que en el pan que yo os prometo en su estado natural, de una manera sensible y carnal, sino en el estado sacramental, de una manera invisible, milagrosa y verdaderamente espiritual, unido al espíritu verdadero, al espíritu infinito: de ahí recibirá mi cuerpo la facultad de multiplicarse hasta lo infinito y de operar sobre el espíritu lo mismo que sobre los cuerpos. Estaré, pues, en el cielo, y, sin embargo, por la consagración eucarística, me encontraré también en todas las hostias consagradas sobre la tierra. Pero permaneciendo intacto uno, indestructible y siempre el mismo en el cielo, por la consagración eucarística mi cuerpo se convertirá en un verdadero alimento, se encontrará en una infinidad de lugares sobre la tierra, y como que permanecerá en su estado natural á la derecha del Padre, no se encontrará más que en el estado sacramental en las hostias consagradas, y no habrá contradicción en este misterio. Una sola y misma cosa, en dos estados diferentes, puede encontrarse muy bien en diversos lugares (2).»

El lenguaje tan sublime, á la par que tan dulce y tan

(1) Spiritus est qui vivificat, caro non prodest quidquam. Verba que ego locutus sum vobis spiritus et vita sunt. (*San Juan*, vi, 64.)

(2) Véase en las Conferencias sobre la Eucaristía, la explicación filosófica de la multiplicación del cuerpo del Señor en ese sacramento. (*La Razón filosófica y la Razón católica*, t. III, pág. 359 y siguientes.)

tierno del divino Salvador, no hizo la misma impresión sobre todos aquellos á quienes iba dirigido. Los Apóstoles le acogieron con docilidad, reconocimiento y respeto; pero Judas y todos los espíritus intratables, tanto entre los discípulos como entre los judíos, le opusieron una orgullosa resistencia, una negación obstinada. Sin embargo, todavía encerraban en lo íntimo de su corazón aquellos sentimientos culpables: mas la Divina Sabiduría, á la que nada se oculta, y que conocía de antemano la perversidad del discípulo por el que debía ser vendido, y la incredulidad de los demás, prosiguió en estos términos: «Nada respondéis, y, sin embargo, sé que muchos de vosotros no dais crédito á mis palabras (1).» Y con el acento de la caridad, contristada con la idea de su pérdida, añadió: «Vuestra incredulidad me desconsuela, pero no tiene nada de sorprendente. No queréis aceptar de mis palabras más que lo que creéis poder comprender de ellas, y rechazáis lo demás; pero todas mis palabras son igualmente espirituales y útiles. Todas deben ser aceptadas bajo el mismo título. No queréis creer más que en virtud de vuestro raciocinio, y es muy natural que permanezcáis fuera de mi sociedad y en las tinieblas. Yo os lo he dicho y os lo repito: sólo el Padre puede haceros conocer á su Divino Hijo. Nadie viene á mí sino por un don de la gracia, y esa gracia no es concedida á la indocilidad, la presunción y el orgullo (2).»

Hacia largo tiempo que aquellos desgraciados discípulos, á pesar del infinito número de prodigios obrados á su vista por el Divino Maestro, habían tomado el partido de no creer en Él. Su apostasía estaba consumada ya en la perversidad de su corazón antes de manifestarse

(1) Sed sunt quidam ex vobis qui non credunt. Sciebat enim ab initio Jesus qui essent non credentes, et quis traditurus esset eum. (*San Juan*, vi, 65.)

(2) Et dicebat: Propterea dixi vobis, quia nemo potest venire ad me, nisi fuerit ei datum à Patre meo. (*Ibid.*, 66.)

por un acto final. No pertenecían ya á su escuela, aunque aparentasen querer seguirle; ni eran ya sus discípulos, aunque continuasen llamándole su Maestro. Regocijéronse, pues, de haber encontrado en las supuestas paradojas de su último discurso un pretexto para dejarle sin pasar por espíritus ligeros é inconstantes. Arrojaron, pues, la máscara, se separaron de los Apóstoles, y dejaron de formar parte de la verdadera Iglesia que presidía visiblemente Jesucristo (1). Porque su doctrina no podía lisonjear ni la tiranía de los sentidos ni la soberbia del espíritu humano, el Hijo de Dios fué abandonado en aquella ocasión por sus numerosos discípulos; y por la misma razón, y no por ninguna otra, hasta el presente, tantos desgraciados cristianos se separan todos los días de su Iglesia.

Esa deserción general del pueblo y de los discípulos no hizo titubear de manera alguna la fidelidad de los Apóstoles ni su resolución de permanecer siempre adictos á su Divino Maestro. Así que, cuando quedó solo con ellos, les dijo: «Y bien: ¿qué vais á hacer vosotros? ¿queréis también abandonarme?» (2). Pedro, *la boca* de los Apóstoles, como le llama San Juan Crisóstomo; Pedro, el órgano de la fe de la Iglesia, de que es también el fundamento, exclamó en nombre de sus compañeros: «¡Señor! ¿qué decís? ¡Abandonaros nosotros!... Jamás. ¿Adónde habíamos de ir nosotros si os dejásemos? ¿En dónde encontraríamos quien pudiese suplirnos? Vos sólo tenéis las palabras de la vida eterna. En cuanto á nosotros, sabemos ciertamente y creemos que sois el Hijo de Dios, el Mesías y el Salvador del mundo (3).» ¡Cuán sublime y

(1) Ex hoc multi discipulorum ejus abierunt retrò, et jam cum illo non ambulabant. (*San Juan*, vi, 67.)

(2) Dixit ergo Jesus ad duodecim: Numquid et vos vultis abire? (*Ibid.*, 68.)

(3) Respondit Petrus: Domine, ad quem ibimus? Verba vite æternæ habes. Et nos credimus et cognovimus quia tu es Christus, Filius Dei. (*Ibidem*, 69, 70.)

patético es ese diálogo!... Al preguntar de ese modo el Divino Salvador á sus Apóstoles, quiso decirles: «Acabáis de oír las dificultades que ha suscitado mi último discurso, la oposición que ha encontrado mi última revelación. No os doy por el momento más amplias explicaciones. No es una de esas parábolas cuya inteligencia, negada á la multitud, os está reservada. Es un misterio tan incomprendible para vosotros, como para todo el mundo: ¿queréis, sí ó no, creer en la verdad de mis palabras, en la grandeza y en la solidez de mis promesas? ¿Os parece que exijo demasiado de vuestra razón y de vuestra fe? Escoged una de estas dos cosas: ó seguir el ejemplo de los que, rehusando someter su entendimiento al yugo de mi doctrina, abandonan mi compañía, ó permaneced conmigo, aceptando con una perfecta humildad de espíritu y de corazón todas mis enseñanzas: *Numquid et vos vultis abire?*» Con su sublime y encantadora respuesta, Pedro quiso decir á su vez: «No necesitamos tomarnos tiempo para reflexionar: nuestra elección está ya hecha: sabemos muy bien quién sois. Vuestras doctrinas y vuestros prodigios nos han convencido de que sois el Hijo de Dios y el Mesías. Sólo Vos sois el que enseñáis al mundo lo que es necesario creer y practicar para alcanzar la vida eterna. ¡Ah! si fuésemos bastante desgraciados para perderos, bastante ingratos para dejaros, nos privaríamos nosotros mismos de toda luz y de toda gracia para conseguir nuestra salvación, *Domine, ad quem ibimus? Verba vite æternæ habes, nos credimus et cognovimus quia tu es Filius Dei.*»

¡Que confesión!... ¡Qué palabras!... ¡Cuán dilatan el corazón que las concibe!... ¡Cuán dulces son á la lengua que las pronuncia!... Ese es el dialecto de la verdadera fe, á uso del verdadero amor de los verdaderos discípulos de Jesucristo. Traduzcámoslas como todavía pueden ser traducidas, y dirijámoslas á Jesús como la expresión de

nuestra creencia, como un testimonio de nuestro afecto, como una protesta de nuestra fidelidad. ¡Oh nuestro dulce, nuestro amable Salvador, nuestro Señor y Maestro! ¿A quién iríamos si cesásemos de creer en Vos? Lejos de Vos, toda enseñanza es engañadora, toda guía es falaz, toda ciencia es vana, todo camino es extraviado, toda luz es tinieblas. En la escuela del hombre no encontramos más que la duda y el error; sólo en vuestra escuela encontramos la certidumbre y la verdad. *Domine, ad quem ibimus?* Vos sois el Moisés venido al mundo para instruirle; Vos sois el Hijo de Dios, que habéis querido hacéros el Hijo del hombre para salvarle. ¡Cuán reconocidos os estamos por habernos hecho conocer vuestras grandes verdades! Nos conceptuamos felices en creerlas, y estamos prontos á sellarlas con nuestra sangre. *Et nos credimus, et cognovimus quia tu es Christus Filius Dei.* A Vos toca hablar, y á nosotros creer; á Vos mandar, y á nosotros obedecer; á Vos precedernos, y á nosotros seguimos. Vos sois el Maestro, y nosotros los discípulos; Vos sois el pastor, y nosotros las ovejas; Vos sois el Rey, y nosotros los súbditos; Vos sois el padre, y nosotros los hijos; en fin, nosotros somos hombres, y Vos sois Dios. ¡Qué pretensión tan sacrílega, qué locura tan lamentable sería el que pretendiésemos poder conocer los pensamientos, las voluntades de Dios, mejor que Vos ó sin Vos!... *Tu es Filius Dei.* Apoyada en semejante base, nuestra fe es inquebrantable: nada de lo que decís nos repugna ni nos escandaliza: al contrario, todo lo que sale de vuestros labios constituye la felicidad de nuestro espíritu, las delicias de nuestro corazón. Vuestras palabras son sublimes, pero no pueden ser más que verdad: podéis dejarnos en una oscuridad saludable, pero Vos no podéis engañarnos: *Verba vite æternæ habes.* Para ser justos é ilustrados en esta vida, para ser felices en la otra, no necesitamos buscar nada: nos basta con creer lo que nos habéis reve-

lado: no tenemos necesidad de discutir nada: nos basta con cumplir lo que nos habéis mandado. Vuestra doctrina es vivificadora como vuestra carne. Vos no nos decís nada en el tiempo, sino para facilitarnos el camino de la eternidad. La vida eterna está en Vos, ó, por mejor decir, sois Vos mismo. Vos sois el principio y el fin, el camino y el término, la prenda y la recompensa.

Señor, nosotros aceptamos, nosotros creemos como verdades ciertas é infalibles todas vuestras palabras, porque reconocemos, creemos y adoramos en vuestra persona al verdadero Mesías, al verdadero hijo de Dios: *Et nos credidimus et cognovimus, quia tu es Filius Dei.*

Judas, aunque fué del número y aun el primero de los discípulos incrédulos á la palabra reveladora del misterio de la Eucaristía, no obstante, bien fuese por un resto de pudor que le impidiese el apostatar públicamente, ó, lo que es más probable, para poder continuar apropiándose las limosnas que le estaban confiadas, había ocultado en el fondo de su corazón su incredulidad, y había en la apariencia, permanecido en la sociedad del Señor, por lo que debió apresurarse también á adherirse con sus colegas á la generosa declaración de San Pedro. Pero aunque el desgraciado hipócrita había podido ocultar su incredulidad á los ojos de los hombres, no pudo encubrirla á la mirada del Hijo de Dios. Por eso el Señor, haciendo alusión á aquel monstruo, que meditaba ya venderle, prosiguió diciendo: «Todos los doce me hacéis esa protesta de boca, pero no todos vosotros la hacéis de corazón. Entre vosotros, á quienes tanto he distinguido y amado, llamándoos y asociándoos á mi apostolado, hay uno tan sumamente incrédulo, tan obstinado y tan pérfido, que es un verdadero demonio (1).»

(1) Respondit eis Jesus: Nonne ego vos duodecim. elegi? Et unus ex vobis diabolus est. Dicebat autem Judam Simonis Iscariotem: hic enim erat traditurus eum esset de duodecim. (*San Juan*, vi, 71, 72.)

Ese fué un grande acontecimiento... ¡Cuán reconocidos os debemos estar, Santo Evangelista, por habérsenosle trasmitido, ó, más bien, cuán reconocidos debemos estar al Espíritu Santo por haberos inspirado el trazarnos con todos sus pormenores esa tierna é importante narración! En ese horrible crimen de los primeros discípulos de Cristo, negando obstinadamente el más grande y el más atractivo de sus misterios, encontramos un nuevo motivo para creer en Él. Su incredulidad es un verdadero remedio, un sólido apoyo para nuestra fe: su cisma nos hace conocer y apreciar mejor la unidad católica. Toda esa historia de la revelación y de la promesa de la Eucaristía, reduciendo á la nada todas las dificultades que á ese misterio opone la intredulidad, todas las blasfemias que contra él vomita la herejía, es por sí sola, la apología más brillante y más completa de él. Ese será el objeto de nuestra segunda parte, en la que nos dedicaremos á demostrar de una manera concluyente su extensión y su importancia.

SEGUNDA PARTE.

Imitadores de los primeros herejes judíos, y herederos de su orgullo, los herejes cristianos, y particularmente los discípulos de Calvino, han pretendido, como se lo censura el sabio Maldonat, comprender también lo que tenían obligación de creer. Han querido explicarse un misterio cuya verdad fundamental nos ha revelado el Hijo de Dios, sin revelarnos la manera de que se opera: se han atrevido á erigirse en intérpretes, no sólo de la fe de la Iglesia Universal, sino de las palabras mismas de su augustó Fundador: han acumulado cuestiones sobre cuestiones, sofismas sobre sofismas, acerca de una revelación, de un prodigio de la sabiduría y del poder de

Dios, cuyo impenetrable abismo se traga á todo espíritu temerario que quiere sondear su fondo. Por las mismas razones porque los judíos encontraron imposible la Eucaristía cuando Jesucristo la reveló, los herejes la creen también imposible ahora que la Iglesia desde hace diez y ocho siglos cree en ella, la profesa, la enseña y la adora. Han preguntado también, ¿cómo es posible que, existiendo glorioso en el cielo el cuerpo del Señor, se encuentre á un mismo tiempo en un número tan grande de hostias consagradas sobre la tierra, y sea dado todo entero en alimento á los que comulgan (1)?

Como los antiguos discípulos rebelados contra la Iglesia, separados de ella, y para cohonestar esa cobarde deserción, esa rebelión sacrílega, se han atrevido á afirmar que la Iglesia está en un error, por su fe en la Eucaristía. Es decir, que tan intrépidos en la insolencia como lo son en la inconsecuencia y la sinrazón, se han atribuido el derecho de interpretar infaliblemente la Escritura Santa, negando ese derecho á la Iglesia: han colocado sobre ésta una turba de sacerdotes apóstatas, de frailes indignos, de mujeres pervertidas y de príncipes disolutos, avaros y crueles: sus conciliábulos sobre los Concilios; á Lóndres y Ginebra sobre Roma; á Zuinglio, Carlostad y Calvino sobre todos los padres, los Doctores, los Pontífices y todos los Santos de la Iglesia. Porque enseñan que en esa circunstancia solemne el Hijo de Dios no habló más que de una manducación espiritual y simbólica, y no de la manducación verdadera y real de su carne; que esa carne, de que el cristiano está obligado á alimentarse en el tiempo, so pena de perecer en la eternidad, no es más que la fe en la Encarnación del Verbo, y que la Eucaristía no encierra su cuerpo más

(1) Calvinistæ qui falsis istis discipulis successerunt, hoc potissimum argumento non credunt Christum verè nobis carnem suam dare ad manducandum. (Maldonat., in c. vi., Joann.)